

LAS SERENATAS

Al hablar de las Serenatas no he de referirme a las que en otros tiempos era costumbre costear en obsequio a una pareja de recién casados o a los novios a su regreso del viaje de bodas. Ni tampoco a los conciertos bautizados con el mismo nombre y que precedían y preceden aún a los bailes de sociedad en nuestros casinos. El objeto de la presente evocación concierne a otras épocas bastante más apartadas, o sea a cuando la serenata no era otra cosa que un concierto de canto acompañado a veces de algún instrumento, que se ejecutaba de noche y en la calle, debajo de los balcones de la casa en que vivía la persona a quien se quería festejar. Me refiero, pues, a los días lejanos en que esta especie de concierto tomó el nombre de Serenata precisamente porque los cantores o los músicos actuaban al sereno, esto es, a cielo descubierto.

Hace un siglo las sencillas y dulces melodías romancescas con que era costumbre obsequiar a las muchachas casaderas, a altas horas de la noche, dejaron bien sentada su calidad. Por lo regular se cantaba a dúo, con acompañamiento de guitarra, y aunque se sucedieran por turno los artistas, todas las voces solían ser frescas, siendo a la par muy ajustada la entonación. Las canciones entonces en boga, enriquecidas con lindas, discretas, e ingeniosas poesías, se amoldaban perfectamente a los gustos de las gentes de aquellos tiempos en que el romanticismo seguía predominando y pertenecían en su mayor parte a las colecciones publicadas en forma de «romansos», entre ellas la que llevaba el título de «El Cantor de las Hermosas» en la que abundaban los amores desgraciados entre otros temas de melancólico retintín.

No es de extrañar no obstante que la Serenata que me ocupa adoleciera

POR J. SOLER CAZEAUX

de ciertas imperfecciones, no tanto por el hecho de tratarse de cantores aficionados (ya que los más, a decir verdad, tenían buen oído y, sin haber aprendido música, tocaban y cantaban muy bien) sino debido a no estar aquellos acostumbrados a hablar en castellano, circunstancia esta que hacía que se oyeran con frecuencia algunas barbaridades o que, algunas veces, se cambiase el sentido de las lindas e ingeniosas estrofas de nuestro antiguo cancionero. Pero no vamos a reparar en estos lunares, por cierto muy excusables si se tiene en cuenta la falta de práctica y puesto que musicalmente hablando no amenguaban el armonioso efecto del conjunto.

Al establecerse en esta localidad el que fué muy estimado maestro Don Dionisio Baró cambiaron mucho las cosas, iniciándose la afición al solfeo y al estudio de los instrumentos. Y así formáronse en seguida algunas cuadrillas de jóvenes y adultos de distintas clases y fortunas que, sin degenerar en la gravísima falta de mirarse unos a otros con envidia o con falsedad, y llenos de alborozo y de entusiasmo, instituyeron las serenatas de música instrumental a cuarteto, quinteto o sexteto, figurando en ellas varios instrumentos, tales como el violín, la flauta, el violoncelo, el contrabajo, entre otros, ejecutando fantasías de ópera, sonatas y algunas composiciones originales del citado maestro, las cuales, alternando también con el canto, desterraron a las letrillas, las jácaras y a los viejos romances.

¡Quién pudiera describir aquellas noches de luna en que la cooperación musical, imponiendo silencio, lograba en nuestras antiguas y privilegiadas calles el máximo resultado! Las Serenatas, por la categoría que alcanza-

ron en esta población, deberían figurar en las memorias de los hechos más o menos clásicos de nuestros recordados ascendientes.

Según costumbre inveterada las serenatas solían celebrarse a altas horas de la noche, comenzando con preferencia a la salida de los bailes de los Casinos. En sus días de mayor esplendor, los aficionados a las mismas provistos de su facistol y de la correspondiente linterna, se entregaban frecuentemente a ellas con los de su cuadrilla, aún a sabiendas de que las crudas noches del invierno les habían obligado en algunos casos a desistir de sus bellísimos propósitos.

No crean Vdes. sin embargo que la romántica serenata no hubiese tenido sus detractores. No era siempre una bella, los brazos desnudos y el pelo mal cogido, que con embeleso suspiraba detrás del balcón o de la ventana. Más de una vez abríase inesperadamente uno de éstos desanudando una voz estentórea, o de rata desollada, que decía:

—Arri avall, que no estém per rum-rums!

—Ja es coneix que no heu d'anar de matinada!

--Valdrà més que toquéu el dos! y otras locuciones por el estilo.

Malas lenguas hablaron también de alguna improvisada ducha, pero el ardor artístico de nuestros músicos y trovadores fué incomparable.

Más tarde, al constituirse las sociedades corales y tras haberse popularizado las composiciones de Clave cambiaron las costumbres en detrimento de las gloriosas Serenatas que desde aquel entonces cada día contaron con menos adeptos hasta quedar sepultadas en el cofrecillo de los recuerdos amorosos de las románticas y encantadoras guixolenses de otros tiempos.